



Nómadas
ISSN: 0121-7550
Universidad Central

Najmanovich, Denise
Comunicación y producción de sentido: un abordaje no disciplinado*
Nómadas, núm. 49, 2018, Julio-Diciembre, pp. 27-45
Universidad Central

DOI: <https://doi.org/10.30578/nomadas.n49a2>

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105163362003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

UAEH  redalyc.org

Sistema de Información Científica Redalyc
Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso
abierto

Comunicación y producción de sentido: un abordaje no disciplinado*

*Comunicação e produção de sentido:
uma abordagem não disciplinada*

*Communication and production of
meaning: a non-disciplinary approach*

Denise Najmanovich**

DOI: 10.30578/nomadas.n49a2

El texto aborda la comunicación como un proceso radicalmente vincular, resignificando las nociones de *información* y *producción de sentido*, a partir de la aceptación de nuestra existencia como seres vivos pertenecientes a la trama de la naturaleza. Para ello propone una nueva matriz de pensamiento: dinámica, interactiva y multidimensional. Finalmente considera las limitaciones y los peligros inherentes a las metáforas disociadas y reductoras que han eliminado la producción de sentido del pensamiento comunicacional.

Palabras clave: comunicación, información, complejidad, matriz generativa, vínculos, trama comunicativa.

O texto aborda a comunicação como um processo radicalmente vinculado, resignificando as noções de informação e produção de sentido, a partir da aceitação de nossa existência como seres vivos pertencentes ao tecido da natureza. Para isso, propõe uma nova matriz de pensamento: dinâmica, interativa e multidimensional. Finalmente, considera as limitações e perigos inerentes às metáforas dissociadas e redutoras que eliminaram a produção de significado no pensamento comunicacional.

Palavras-chave: comunicação, informação, complexidade, matriz geradora, links, quadro de comunicação.

The article addresses communication as a strong linking process, resignifying the notions of information and production of meaning, starting from the acceptance of our existence as living beings that belong to the plot of nature. For this purpose, the text proposes a new thought approach: dynamic, interactive and multidimensional. Finally, it takes into account the limitations and dangers attached to the dissociated and reducing metaphors that have removed from the production of meaning in communicational thinking.

Key words: communication, information, complexity, generating matrix, links, communicative plot.

* El presente artículo forma parte de un proyecto de investigación sobre la producción de sentido y la construcción de mundos comunes, financiada por el Centro de Estudios de la complejidad, Buenos Aires (Argentina), la cual inició en marzo de 2014 y se encuentra actualmente en curso.

** Profesora de la Maestría en Psicología Educacional de la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Ph.D. de la Pontificia Universidad Católica de Brasil; Maestra en Metodología de la investigación, y Bioquímica de la Universidad de Buenos Aires. E-mail: denisenajmanovich@gmail.com

original recibido: 08/08/2018
aceptado: 13/09/2018

nomadas@ucentral.edu.co
Págs. 27~45

*¿Dónde está la sabiduría que perdimos con el conocimiento?
¿Dónde está el conocimiento que perdimos con la información?*

En 1934, cuando el gran poeta *Thomas Stearns Eliot* escribió el poema *La roca* en el que aparecen estos versos, hacía apenas unas décadas había terminado la Primera Guerra Mundial y se avecinaba una segunda. Aunque él no podía saberlo con certeza, podía intuirlo con gran claridad. ¿Qué percibía el poeta que sus contemporáneos no veían? Aunando sensibilidad y lucidez comprendió que el saber vital había sido reemplazado por un conocimiento mecánico, y éste también estaba destinado a eclipsarse aplastado por la “información” (que, aunque no se había definido todavía técnicamente, ya ejercía los efectos intoxicantes que recién hoy comienzan a ser investigados y pensados en el mundo académico).

En 1948 Claude Shannon publicó un texto clave de nuestra cultura contemporánea: *Una teoría matemática de la comunicación*, que impuso el modelo canónico a partir del cual se asimilaba el complejo arte de comunicar a la mera transmisión de información. Con esa equiparación se perdió nada más y nada menos que el significado.

Allí donde el poeta abría horizontes, invitaba a pensar, generaba inquietud, el ingeniero los cerraba. Según cuáles sean nuestras preferencias éticas, estéticas o conceptuales, podríamos sentirnos tentados a decidir en favor de la apertura o a la inversa. Sin embargo, voy a proponer otra opción muy diferente. La de componer un campo problemático fértil capaz de incluir a ambos, comprender sus tensiones, su diversidad, sus límites. Una cartografía compleja desde la que podamos pensar cuáles son las oportunidades que abren (o cierran) diversas perspectivas, así como su posible

sinergia, oposición, inhibición, complementariedad, solapamiento, disyunción, o cualquier otro modo en que puedan componerse las distintas formas en que se ha pensado la comunicación, la producción de sentido, y sus relaciones con la información y el conocimiento.

A diferencia de lo que establece nuestra tradición, considero que la riqueza del pensamiento aflora cuando podemos sostener la tensión creativa, pues de ésta brotan las distinciones y se gestan sentidos fértiles que honran la complejidad de la naturaleza y la experiencia humana. Por ese motivo no intentaré componer un paisaje “claro y distinto”. El pensamiento nace de la inquietud y no del equilibrio, de la diversidad y no de la homogeneidad, del diálogo intenso y no de la unanimidad, por lo tanto, mi invitación es a gestar un territorio activo y móvil, que en lugar de disolver las tensiones haga de éstas un terreno fértil para producir. Intentaré no aplastar el misterio de las preguntas con el peso de las respuestas, puesto que el sentido no es único ni eterno, sino una producción siempre abierta para el pensamiento.

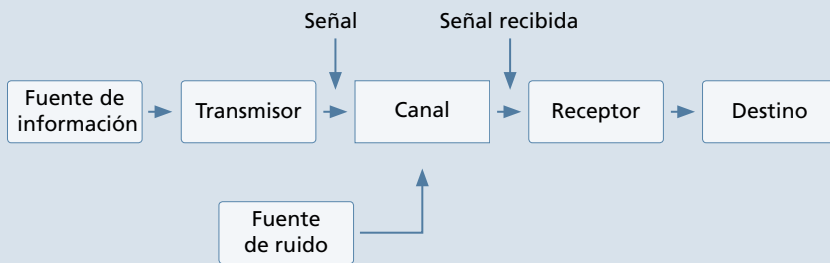
Pocas palabras se utilizan más hoy en día que *comunicación, información, conocimiento*. Ningún término se vuelve ni más claro, ni más comprensible, de tanto repetirlo. Más bien ocurre lo contrario, porque nadie se atreve a preguntar por su significado: de tan omnipresente se vuelve impensable. Eso es, precisamente, lo que ha ocurrido con los conceptos que estamos considerando.

Consideremos en primer lugar los planteos de Shannon, ya que para muchos puede resultar increíble que no sólo se haya propuesto, sino que haya sido aceptada una concepción de la comunicación que excluye el significado. Para evitar suspicacias citaré directamente a su autor:

El problema fundamental de la comunicación es el de reproducir en un punto exacta o aproximadamente un mensaje seleccionado en otro punto. Frecuentemente los mensajes tienen significado; esto es, ellos refieren o están correlacionados de acuerdo a algún sistema con ciertas entidades físicas o conceptuales. Estos aspectos semánticos de la comunicación son irrelevantes para el problema de ingeniería. (Shannon, 1948: 1)

Desde la mirada de Shannon, la comunicación se redujo a la transmisión de “mensajes”, según el esquema siguiente (que ha sido mucho más difundido que pensado) (figura 1):

Figura 1. Esquema de la comunicación de Shannon en su teoría matemática de la comunicación



Fuente: Claude Shannon (1948: 1). La traducción es mía.

Pero si el significado es irrelevante, ¿qué se entiende entonces por *comunicación*, por *información* y por *mensaje*? Norbert Wiener, uno de los padres de la cibernética, definió el mensaje como “una secuencia discreta o continua de episodios mensurables distribuidos en el tiempo” (1985: 31). En consonancia con esta concepción, la *información* se entendió como una probabilidad de la presencia de un signo en un lugar determinado del mensaje.

Supongo que la gran mayoría de las personas no encontrarán en estas definiciones ninguna afinidad con lo que entienden por *mensaje*, *información* o *comunicación*. No es extraño que así sea, ya que fueron construidas desde la muy peculiar visión de un ingeniero en telecomunicaciones. Lo que sí es sorprendente es que se las haya aceptado aún cuando para el resto de los mortales esta mirada supone no sólo una reducción colosal de lo que solemos entender como *comunicar*, sino una profunda distorsión del sentido que solemos darle, puesto que se ha gestado a partir de un desinterés explícito por el significado, la comprensión y el pensamiento.

La información se redujo a la cantidad de información, que fue entendida como la cantidad unitaria de información transmitida a modo de decisión simple entre alternativas igualmente probables.

Aceptar esta noción es algo semejante a llamar *nutrición* o *valor nutritivo* a la probabilidad de que haya tal o cual alimento en el supermercado. Podría ocurrir que los encargados del transporte de sustancias alimenticias decidieran hacer semejante apuesta conceptual. ¿La aceptaríamos? Creo que la mayoría contestaría indignada que no. Sin embargo, esto es lo que ocurrió en el mundo académico con la comunicación y la información, aceptamos pensarlas siguiendo un modelo que Maturana y Varela bautizaron como “la metáfora del tubo” (1990: 130).

No es mi objetivo criticar el modelo de Shannon, pues no considero preocupante que un ingeniero construya un modelo abstracto de la comunicación a partir de su interés en la transmisión lo más fidedigna posible de señales. De hecho, eso es precisamente lo que solemos esperar de los profesionales del “transporte” (de señales telefónicas, telegráficas, radiofónicas, de cartas o de objetos de cualquier tipo). Esto de ningún modo significa que aquello que se transporta no tenga una gran importancia, incluso crucial, cuando se lo considera desde otras dimensiones de la experiencia. Lo que sí hubiera esperado es que se considerara escandaloso la reducción de la comunicación a la mera transmisión, invisibilizando y desconsiderando la inmensa variedad de modos de encuentro en los que se gesta el mundo que nos es común.

El modelo comunicacional de Shannon, que lamentablemente luego fue adoptado por Jakobson y el estructuralismo francés, no nació de un repollo. Pertenece a una larga tradición occidental de comprimir un fenómeno multifacético, reducirlo a un formalismo técnico y, al mismo tiempo, invisibilizar el proceso productivo prescindiendo de su historia.

Por ese motivo, para honrar la complejidad de la experiencia de la comunicación, crucial en la construcción del mundo en

común, es preciso salir del imaginario platónico de las presuntas ideas puras y preguntarse ¿cómo se llevó a cabo esa depuración-comprensión-reducción y su posterior invisibilización? ¿Por qué tuvo tanto éxito? ¿Qué consecuencias ha tenido para la vida colectiva?

El patrón trascendente: de cómo se invisibilizó la vida en común y se la reemplazó por un contexto abstracto

Porque la política es siempre un descubrimiento, y porque la primera decisión política radica en lo que se visibiliza y en lo que se ignora, en lo que se promueve y en lo que se oculta, en lo que se dice y en lo que se calla y a quién se silencia.

Josep Montaner y Zaida Muxí

La teoría de Shannon (al igual que cualquier otra) surge de un modo específico de relación con el mundo, de una forma de enfocar. Sin embargo, la cultura representacionista en la que vivimos se caracteriza por invisibilizar este proceso (Najmanovich, 2016). El paisaje cognitivo en el que se han forjado las definiciones y conceptos que utilizamos se pierde así irremediamente.

En este trabajo intento hacer visible aquello que ha quedado en la sombra en la construcción de nuestras nociones de *comunicación*, *información* y *significado*. Comprender los procesos de producción de sentido, que siempre son múltiples y diversos como los puntos de vista, en lugar de imponer una mirada “de nadie en particular” para asignarla a “todos en general”. Ese punto de vista supuestamente objetivo y presuntamente trascendente se convierte en un *patrón*, en el doble sentido que ese término tiene en castellano: como configuración de la experiencia y como imposición de poder.

La mayoría de las corrientes predominantes en la lingüística y las ciencias de la comunicación produjeron teorías de la comunicación que excluyeron la producción de sentido, separaron el habla y el texto del contexto, disociaron el medio del mensaje, suprimieron el cuerpo vivo en el encuentro, invisibilizaron los afectos y sus efectos, haciendo impensables las mediaciones y eliminando irremisiblemente la complejidad de la si-

tuación comunicativa. Como hemos planteado, esto se logró a partir de una tarea de enfoque selectivo y de depuración del proceso comunicativo. Intentaremos crear un paisaje multidimensional, complejo y dinámico que nos permita pasar del foco estrecho de la técnica de transmitir al arte del compartir, abandonar el cosmos mecánico, que sólo concibe el contacto externo (como sucede entre dos engranajes), para habitar el paisaje vital de la trama en común.

El primer paso será el de visibilizar la historia de los sentidos del término *comunicar* con un breve paseo por su etimología. Así, encontraremos que el término *comunicación* deriva del verbo latino *communicare* (compartir, intercambiar algo, poner en común). *Communicare*, a su vez, remite a la voz latina *commūnis*, que se refiere a lo común. La palabra *munus* viene de la raíz *mei*, intercambiar. Si comparamos estos significados con la definición de la comunicación como “transmisión de información”, se hace evidente que las teorías que hemos considerado sólo se han focalizado en el contacto externo, en la conexión, la transmisión y la difusión de señales, despojándonos así del mundo en común y del intercambio en el encuentro vivo. Para entender que este modelo de depuración no es casual, sino que forma parte de un patrón conceptual, puede ser útil recordar lo que ocurrió con la noción de *movimiento*. Se presentan grandes analogías dado que, de hecho, la comunicación de Shannon sólo se ocupa de la traslación de señales.

Entre los antiguos griegos *movimiento* significaba cambio en sus múltiples posibilidades entre las que se incluían los procesos de nacimiento, muerte, putrefacción, desarrollo, alteración y transformación cualitativa. En la modernidad la teoría newtoniana redujo toda esa riqueza cualitativa a la traslación porque ésta podía cuantificarse. Ante esta mutilación, el poeta William Blake profirió un alarido en forma de verso cuyos ecos llegan hasta hoy: “¡Que Dios nos guarde de ver con un solo ojo y de dormir el sueño de Newton!” (1968: 59-63).

Con la teoría de la comunicación ha ocurrido algo muy similar. No sólo se ha perdido el significado y la producción de sentido, sino también el mundo en común (la naturaleza que todos compartimos), la participación, la intimidad de los cuerpos vivos en el encuentro, la conversación en el flujo de la vida. Y no se trata sólo

de pérdidas, sino también de confusiones o, más bien, de verdaderas “patologías semánticas” (Von Foerster, 1991: 60), ya que el modelo ingenieril-estructural no nos permite distinguir la señal del signo, la transcripción de la traducción, la recepción de la comprensión, la transmisión de la comunicación, el contacto externo de la trama comunitaria. Sólo nos presenta un esquema de transmisiones lineales y recepciones pasivas, de transcripción maquínica de códigos, de conexiones sin lugar a la comunión.

Cuando una perspectiva técnica (útil y valiosa) sobre la comunicación se convierte en una verdad universal derrapamos por un “tobogán semántico” de confusiones gravísimas, como planteó Von Foerster. Este autor, padre de lo que se conoce como la *cibernética de segundo orden*, no dudó en calificar esta forma de concebir la información como un caso de “semántica patológica”:

Esa pobre cosa es, hoy en día, “procesada”, “almacenada”, “cortada”, etc. como si fuera carne para hamburguesas. Dado que la historia clínica de esta enfermedad moderna podría llenar fácilmente un volumen, sólo consideraré los así llamados “sistemas de almacenamiento y recuperación de información”. [...] Por supuesto que estos sistemas no almacenan información, lo que almacenan son libros, cintas, microfichas, u otros documentos recuperables que, cuando son mirados por una mente humana pueden dar lugar a la deseada información. Llamar a estas colecciones de documentos “sistemas de almacenamiento y recuperación de información” es equivalente a llamar “sistema de almacenamiento y recuperación de transportes” a un garaje. Al confundir vehículos de potencial información con información, ponemos nuevamente el problema del conocimiento en la mancha ciega de nuestra visión intelectual, y el problema entonces desaparece. (Von Foerster, 1991: 60)

Von Foerster no sólo nos da la oportunidad de recuperar sentidos irremisiblemente perdidos con las definiciones de Shannon, sino que invita a abrir nuevos horizontes y explorar otras arquitecturas del conocimiento para componer una cartografía dinámica compleja de la comunicación que incluye a los seres vivos, únicos capaces –al menos hasta ahora– de producir sentido.

Los cables telefónicos, la fibra óptica, los libros, los videos no “transportan información”, no son “vehículos” de información. Transportan señales eléctricas,

brindan soporte a letras o imágenes impresas, que recién cuando afectan a un ser vivo capaz de pensarlas pueden dar lugar a la información. La “información” no está en la señal, no está en las noticias, ni en los libros, ni en las palabras, no está en ningún objeto: la produce un ser pensante cuando es afectado por el sonido, la luz, el calor, o cualquier otro estímulo que jamás es recibido de forma puramente pasiva. Como ya sabía otro poeta, y el ingeniero no entendió o no le importó, “las cosas no tienen significación: tienen existencia” (Pessoa, 1984: 103-104). El sentido sólo nace en el encuentro vivo, en el pensamiento vincular, no flota en ningún mundo platónico independiente, ni está en los textos cuando nadie los lee. Un perro que se come un libro no obtiene sentido, ni información, sino una indigestión. Un signo lo es para alguien, en un encuentro, en un ambiente, y –como nos enseñó Wittgenstein– su significado es el uso en el flujo del vivir.

La historia hubiera sido muy distinta si Shannon hubiera titulado su texto “teoría del transporte de señales”, pero evidentemente hubiera tenido menos *glamour* (aunque no suele reconocerse abiertamente, la producción científica también busca un impacto cultural que aporta ventajas para la financiación de la investigación y mejora de la carrera y reconocimiento del investigador o equipo creador). No se trata ahora de reinventar la historia, sino de hacerle lugar para poder comprenderla. La elección de la denominación estuvo fuertemente influida por el contexto de vida en el que estaban inmersos estos pensadores.

El trabajo original de Shannon y su posterior ampliación en colaboración con Warren Weaver se realizaron en el contexto de las Conferencias Macy donde nació también la *cibernética*, que es la ciencia que se ocupa de la comunicación y el control en máquinas y seres vivos. Se trataba de encuentros interdisciplinarios, donde participaron físicos, antropólogos, médicos, ingenieros, matemáticos, fisiólogos, y no pocos pensadores inclasificables. Fue una oportunidad extraordinaria para la creación y exploración de nuevas metáforas, modelos, propuestas. Lamentablemente, más que tratarse de una fertilización mutua, en la mayoría los casos los intercambios tendieron a concebir a los seres vivos a partir de las máquinas dado que su funcionamiento se podía formalizar y controlar. Como siempre, hubo algunas notorias excepciones entre las que destaco a Von Foerster y a Bateson.

Ese modelo de comunicación que no incluía la producción de sentido de los seres vivos en sus ambientes convivenciales fue adoptado, con muy pocas modificaciones, por las ciencias sociales y humanas, y de allí se ha difundido al imaginario social. Muy probablemente ha sido el límpido formalismo, el aroma de la cientificidad, lo que ha inspirado esta adopción, puesto que vivimos en una cultura en la cual desde hace varios siglos se ha sacralizado la matematización y se ha confundido esquematismo con verdad. La estética cognitiva de la “claridad y distinción” surge de la eliminación del cuerpo vivo en su encuentro multidimensional con el mundo y tiene un costo elevadísimo: la eliminación de los matices, la sutileza, la complejidad, las tensiones y la dinámica de la naturaleza.

La concepción positivista de la ciencia nos ha acostumbrado a los modelos estructurados en contextos estancos. Esto ha facilitado la aceptación del descuartizamiento del proceso comunicativo en aspectos técnicos, semánticos y conductuales disociados (Shannon y Weaver, 1949). En la academia no suelen cuestionarse estos procedimientos, dado que (no por casualidad) su propia organización expresa esta separación disciplinaria en compartimentos estancos. Y, lo que es mucho peor, expresa la separación entre el saber y la vida, la disociación entre la teoría y la praxis, lo que genera un modo de conocimiento reduccionista, alérgico a la complejidad y –como Eliot advirtió– desinteresado de la sabiduría. Esto no significa que el conocimiento científico-académico sea inútil, ni supone de ningún modo despreciarlo. Por el contrario, nos lleva a apreciarlo como efectivamente se produce y no como se lo idealiza.

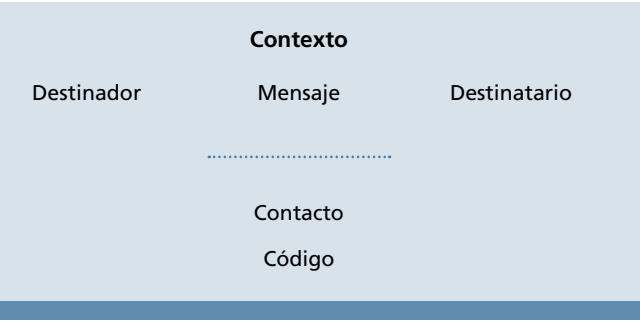
Tampoco se trata de oponer la visión de los artistas a la mirada de los científicos. Henry Atlan, investigador en el área de la fisicoquímica –aunque con amplios horizontes culturales–, es también un pionero de la complejidad y una de sus voces más fértiles y originales. Al referirse a los planteos de Shannon sostiene que

[...] un mensaje sin significación no tiene interés y en último término, no existe. Y esta información shannoniana reducida a la incertidumbre probabilista no tiene más interés que el operatorio: en ciertas situaciones bien precisas el problema que debe resolverse es el mismo, sea cual sea la significación del mensaje, y de ahí el interés de poner entre paréntesis esta significación. Se trata, por ejemplo, de los

problemas de telecomunicaciones en los que los mensajes deben ser transmitidos fielmente, sean cuales sean, y sin tener en cuenta su importancia o su trivialidad, al igual que el servicio de correos sólo debe preocuparse de distribuir las cartas sin tener en cuenta su contenido, perfectamente ignorado. Aunque situaciones de este género son mucho más frecuentes de lo que se cree y pueden generalizarse a gran número de problemas, no puede olvidarse que la significación del mensaje sigue estando ahí. Su puesta entre paréntesis sólo puede ser provisional, únicamente para permitir una descripción “que funcione” de ese fragmento –limitado– de la realidad en la que se puede ignorar dicha significación. Una descripción y una comprensión de una realidad más amplia no pueden ya evitar tenerla en cuenta, aunque, para ello, los métodos disponibles son mucho menos simples.

Como vemos, muchos científicos de esos que etiquetamos como “duros” no sucumbieron al canto de sirenas de la matematización, ni rindieron culto a la formalización. Y aunque no fueron todos, es de lamentar que en el campo de las ciencias sociales y humanas los “hechizados” fueran muchos, probablemente la mayoría. Entre ellos he de destacar a Roman Jakobson quien en un texto titulado nada menos que “Lingüística y poética” (1988) propuso un esquema muy semejante al de Shannon, salvo que dejó flotando la existencia del “contexto” (figura 2).

Figura 2. Esquema de la comunicación de Roman Jakobson en “Lingüística y poética”



Fuente: Roman Jakobson (1988).

En los textos de Jakobson, el ser vivo, corpóreo-afectivo-sensible-inteligente, ha sido reemplazado por un “destinador o destinatario” abstracto. El contexto flota alrededor sin entrelazar a los participantes, el vínculo es concebido como mero “contacto” y el proceso de producción de sentido se ha reducido a una codi-

ficación y decodificación. Esta depuración de la vida que deja sólo un esqueleto esquemático de un complejo proceso vital caracterizó a gran parte del llamado *giro lingüístico* de las ciencias sociales y humanas del siglo XX, muy especialmente el estructuralismo, cuya versión del modelo de Shannon aceptó prescindir de nuestra existencia como seres vivos, afectivos, interactivos, imaginativos, sensibles, con historia y vida en común. El lenguaje, dissociado de la conversación y de la multidimensionalidad corpórea del encuentro, quedó restringido a una estructura, cristalizado en un formalismo que invisibiliza y luego olvida completamente la producción de sentido.

Shannon, además de ingeniero de la compañía de teléfonos, estaba muy involucrado en la labor de la criptografía y tenía fuertes intereses comunes con Turing, quien cumplió un papel crucial en la Segunda Guerra Mundial, liderando el equipo que descifró el código alemán de la máquina Enigma. Esta labor era fundamental en el esfuerzo de guerra: producir códigos difícilmente violables y quebrar los ajenos podía hacer la diferencia entre la vida y la muerte de cientos de miles de personas. Sin embargo, por importante que sea, descifrar no es comprender, ni producir sentido, es tan sólo pasar de un sistema de notación a otro, es decir, “transcribir” (figura 3).

Figura 3. Código binario para la transcripción del alfabeto

Letra	Código	Letra	Código	Letra	Código	Letra	Código
A	01000001	g	01100111	N	01001110	t	01110100
a	01100001	H	01001000	n	01101110	U	01010101
B	01000010	h	01101000	O	01001111	u	01110101
a	01100010	I	01001001	o	01101111	V	01010110
C	01000011	i	01101001	P	01010000	v	01110110
c	01100011	J	01001010	p	01110000	W	01010111
D	01000100	j	01101010	Q	01010001	w	01110111
d	01100100	K	01001011	q	01110001	X	01011000
E	01000101	k	01101011	R	01010010	x	01111000
e	01100101	L	01001100	r	01110010	Y	01011001
F	01000110	l	01101100	S	01010011	y	01111001
f	01100110	M	01001101	s	01110011	Z	01011010
G	01000111	m	01101101	T	01010100	z	01111010

Fuente: elaboración propia

Como puede observarse en la figura 3, la transcripción es un proceso de sustitución lineal de signos, tomados uno a uno, una actividad mecánica. Cualquier signo puede sustituirse por cualquier otro (o agrupación de otros) sin pérdida alguna, sin misterio ni dificultad, y, sobre todo, sin que haya en ningún momento significado alguno de ninguna clase. La criptografía se ocupa de los intrincados modos en que pueden transcribirse los signos. Sin embargo, una vez más, su sentido queda fuera del proceso, pues para comprender-

los no sólo es preciso decodificarlos sino producir sentido en la lectura, algo que de ningún modo es un proceso mecánico ni lineal. Si desciframos un mensaje en un idioma que no conocemos no podremos entenderlo, aún cuando la tarea se haya completado a la perfección. La comprensión no es un proceso lineal, ni siquiera la lectura lo es. Veámos un ejemplo:

3573 M3N54J3 MU357R4 QU3 L33R
NO 35 D3CIFR4R Y QU3 3N73ND3R
NO 35 UN4 4C7IVID4D M3C4NIC4
N1 L1N34L

Probablemente, la mayoría de los lectores luego de un breve momento de estupor puedan leer este mensaje, y, espero, también comprenderlo, pero una cosa no se sigue directamente de la otra. Para lograrlo es preciso abrir una nueva dimensión del proceso, que no está separada de la lectura y el descifrado, pero que no se confunde con estos procesos: la producción de sentido. Cada ser vivo lo producirá en función de su modo de ser afectado, de su encuentro con el texto (o de la situación comunicativa que se considere). Además, el texto no existe aislado, sino en una historia de encuentros y sentidos singulares y comunes. Un texto, un discurso, una señal, un objeto, un paisaje no tienen sentido antes ni independientemente de esos encuentros. Algo resulta informativo, después de haberlo entendido, y sólo si lo hemos comprendido. Un dato, decía Thomas Kuhn, no es lo dado, “sino lo encontrado con grandes dificultades” (1980: 197), y sólo resulta ser un dato para un paradigma determinado: en otro puede no tener significado o tener uno contradictorio o discordante, y, por lo tanto, será otro dato.

Para la mirada patriarcal, la forma en que va vestida una mujer que ha sido violada es un dato. Para otros no sólo no lo es, sino que traerlo a cuenta es una infamia, pues el culpable de la violación es el

violador y no la víctima, sin importar cómo se vista esta última. No hay “datos en sí”, la naturaleza no está compuesta de “datos”. Imponer algo como “dato” es un acto de poder, de prepotencia, y exige una relación de obediencia. Cuando sostenemos que algo “en sí mismo” es un dato o una información estamos construyendo una relación de sometimiento, que exige adhesión e inhibe el pensamiento del otro (ese que no casualmente se llama *receptor*).

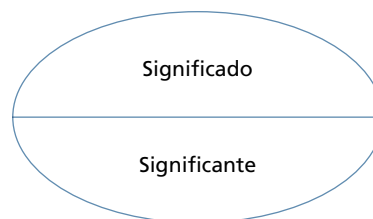
Todo el formalismo del modelo de Shannon, luego adoptado y adaptado por Jakobson, se asienta en dos metáforas que organizan la concepción estándar de la comunicación: la de la “transmisión” y la de la “codificación”. Como hemos visto, reducir la comunicación a esta concepción significa aceptar una profunda mutilación. Desgraciadamente, eso fue exactamente lo que sucedió en nuestra cultura, con algunas notables y magníficas excepciones, entre las cuales quiero destacar a Marshall McLuhan cuyo texto *El medio es el mensaje* (McLuhan y Fiore, 1969) fue una obra revolucionaria tanto en su forma como en su contenido.

Otra excepción que considero fundamental destacar y que puede resultar extraña para muchos es la de Ferdinand de Saussure. A partir de la lectura de Jakobson muchos investigadores lo han considerado el padre del estructuralismo. Mi postura es completamente distinta. Considero a Saussure un precursor de la complejidad en el campo del lenguaje que fue aplastado por el formalismo estructuralista.

La lectura de Jakobson se focalizó sólo en las primeras lecciones del *Curso de lingüística general* donde, inevitablemente, Saussure –como todo profesor– presenta su posición de manera más esquemática para facilitar una comprensión inicial que luego resignificará. En este caso, sólo se prestó atención a los conceptos más obvios y fijos como la concepción del signo como “entidad psíquica de dos caras” en la que distinguió un concepto y una imagen acústica. Al nombrarlo como *entidad psíquica* Saussure deja bien claro que el signo como tal, en su completud no disociada, sólo es signo para quien lo entiende de esta manera. Para los demás, la “imagen acústica” (o gráfica) sólo será ruido.

Este concepto-imagen acústica pasó luego a denominarse más ampliamente *significado/significante* (figura 4).

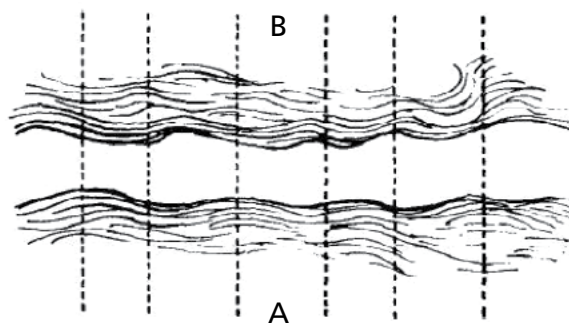
Figura 4. El signo en su doble faz significado/significante



Fuente: Ferdinand de Saussure (1990).

Se trata de una ambigüedad bifronte en la cual la línea de separación/unión encierra uno de los mayores y más importantes misterios de la vida: la producción de sentido. Jakobson convirtió en respuesta lo que Saussure había propuesto como pregunta. Este último autor pensaba la lengua como un sistema dinámico y no como una estructura rígida. La línea que divide y une a la vez al significado y al significante genera un vínculo misterioso, que luego el autor expresó de un modo más poético, y también más adecuado a los procesos de producción de sentido, como la relación dinámica entre dos ríos (figura 5).

Figura 5. Relación entre el pensamiento y la lengua en Saussure



Fuente: Ferdinand de Saussure (1990).

Para Saussure, la relación entre ambos era un “hecho en cierta manera misterioso: que el ‘pensamiento-sonido’ implica divisiones y que la lengua elabora sus unidades al constituirse entre dos masas amorfas” (Saussure, 1990: 112).

La matriz inmanente: producción de sentido en el encuentro vivo

Para encontrarnos con esos ríos olvidados, negados, invisibilizados y arriesgarnos a sus desafíos, he de convocar ahora a Heráclito, quien planteó: “Diversas aguas fluyen para los que se bañan en los mismos ríos”. Casi todo el mundo lo ha leído alguna vez. No ocurrió lo mismo con la continuación: “[...] y también las almas se evaporan en las aguas” (Heráclito, 1983: 200). ¿Por qué fue mutilado su pensamiento? ¿Por qué nuestra cultura no soporta que “las almas se evaporan en las aguas”?

Aristóteles apodó a Heráclito “el oscuro” porque no toleraba el inquietante estilo poético de sus textos que invitaban a pensar sin promover doctrina alguna. Más difícil aún, incluso incomprensible, les resultaba una concepción dinámica y fluida de la naturaleza que no aceptaba límites ni definiciones absolutas.

Entrar en las aguas de Heráclito y de Saussure nos permitirá ver aquello que no estaba en el foco rígido y fijo de Shannon y Jakobson. Y, al movernos también podremos hacer consciente la actividad vital de enfocar y producir sentido. La primer gran transformación que debemos afrontar consiste en abandonar la estética dicotómica de nuestra cultura, que separa radicalmente la materia de la forma, la potencia del acto, el proceso del producto, lo sensible de lo inteligible, el sujeto del objeto de conocimiento, lo interno de lo externo, la información del sentido, el significado literal del significado metafórico, el medio del mensaje. “Todas ellas provienen de una concepción que supone la trascendencia del hombre respecto a la naturaleza, que separa el cuerpo y la mente, que alucinando con la independencia invisibiliza la dinámica vincular propia de la vida” (Najmanovich, 2017: 100).

En la estética de la disociación y la independencia absoluta, cada quien sólo existe encerrado en su propia esfera, ya sea un átomo, un individuo o una palabra. Un universo de partículas en el vacío, en el que la existencia de la vida sólo podía entenderse pensando que había salido nuestro número en la ruleta cósmica.

Para el mecanicismo los vínculos son sólo relaciones exteriores. Todo se descompone en unidades elementales (sin diferenciación interna) para recomponerse

mecánicamente. En este paisaje yermo apenas hay contacto o asociaciones externas, transmisiones en “medios neutros” o estructuras lingüísticas encadenadas.

La cultura occidental, y en particular la moderna, ha construido una mirada forjada a partir de límites limitantes (que sólo separan) impidiendo pensar la ambigüedad, el devenir, la permeabilidad, lo pregnante, los vínculos, las mediaciones, la poiesis, lo creativo y transformador. Con estas ausencias se fue también la vida en su devenir y los encuentros en los que somos afectados y afectamos en la trama común de la naturaleza.

El pensamiento complejo promueve una forma radicalmente diferente de comprender la naturaleza y el conocimiento que tenemos de ésta. Una mirada entramada, vincular, corpórea, afectiva y profundamente vital. En la misma época en que Newton creaba la concepción mecanicista y Descartes la disociación representacionalista, Baruch Spinoza acometió la labor, tan ardua como deliciosa, de dar a luz una mirada compleja y vital de la naturaleza y nuestro conocimiento de ésta. Él fue capaz de gestar una concepción de la existencia en la que el hombre no era una excepción de la creación, sino parte de ésta, en la cual la razón no trascendía ni controlaba al cuerpo, en que el otro no era ajeno. Para él todas las entidades que pueblan el mundo se vinculan y afectan mutuamente gestando un universo en común.

Podemos considerar complejo este maravilloso paisaje spinocista ya que *complejo* proviene del término latino *complectere*, cuya raíz *plectere* significa trenzar, enlazar. El agregado del prefijo *com* añade el sentido de al menos dos elementos que se enlazan íntimamente, pero sin anular su singularidad. Tres siglos antes de que Edgar Morin desarrollara su concepción de la complejidad, Spinoza estaba gestando una corriente que no ha cesado de promover un pensamiento vincular en el que el contexto no es algo que rodea al elemento, sino la trama en la que todos estamos inmersos como en el río heracliteano que es la naturaleza toda en su devenir. El gran pensador judío-holandés no concebía los vínculos como mero contacto externo entre entidades impermeables, sino como la trama misma de nuestra existencia.

Para comprender la comunicación en este paisaje todo ha de resignificarse. Allí donde el modelo me-

cánico-estructural imponía un patrón, concebimos una matriz generativa. En lugar de partículas aisladas, nuestro punto de partida es la trama infinita de la que somos partícipes. Ya no concebimos un espacio vacío, sino una trama activa, vibrante y poética (que produce creativamente). El contexto ya no es aquéllo que rodea a un suceso, sino el territorio fluido en el que convivimos. Al no haber independencia no existen tampoco los individuos, sino que en la dinámica vincular emergen y evolucionan seres singulares profundamente ligados. Pasamos de una mera ilusión de independencia absoluta a concebirnos como seres con “autonomía ligada”, es decir, con grados de libertad en los vínculos y a la vez enraizados en la trama de la naturaleza a la que todos pertenecemos y nadie domina. Una red que “está en perpetuo flujo, cambia su configuración y permite diversos modos de abordaje” (Najmanovich, 2005: 127).

Spinoza jamás utilizó los términos *red* o *complejidad*. Sin embargo, pensó así la naturaleza en su dinamismo, donde nada preexiste a la red y todos somos producto de ésta. A ésta advenimos, en ésta vivimos embebidos, y participamos hasta que finalmente en ésta nos disolvemos. Desde esta mirada no existen sólo intercambios o intracambios, sino que emerge una dimensión invisibilizada en nuestra cultura que denominaré *entrecambios*. Estos últimos son producidos en función de aquello que nos entrama, que no puede pensarse como interior o exterior, porque el “entre” no es un lugar, sino que refieren a lo que es inseparable, distribuido y ubicuo en su dinámica poética.

La invisibilización del mundo en común, de aquéllo que nos entrelaza, que nos constituye y fluye, que nos hace ser y devenir, ha sido el resultado de un modo de construir sentido basado en la disociación y la independencia. Mientras no podamos abrir nuestros horizontes, explorar las dimensiones de la existencia que se desvanecieron con el modelo mecanicista, habrá un obstáculo insalvable para pensar la comunicación y honrar su complejidad y multidimensionalidad.

Mal que les pese a los idólatras de las señales o a los adoradores del signifiante, la comunicación es sobre todo un “entrecambio”. El tesoro de la lengua no es una estructura de símbolos prefigurados, ni una cadena de reglas. Es una actividad configuradora que dota de sentido a la experiencia humana en el encuentro vivo, que

no es mero contacto exterior, sino transformación mutua. Además, y esto no es menor, la comunicación no se limita al lenguaje, sino que engloba todas las formas de afectión mutua en una dinámica de transformaciones que producen sentido en el vivir.

Todo encuentro está embebido en un paisaje, en una atmósfera afectiva, en un clima sensible, tiene una cadencia rítmica. La configuración misma de nuestro cuerpo lleva la huella de esos encuentros que no existen tampoco aislados, sino engarzados en una historia vital de intercambios. No es igual una conversación en la playa que en la montaña, un día de lluvia que de sol, si al mismo tiempo suena una sinfonía de Beethoven o un rock pesado. No es lo mismo encontrarse con un ser querido al que nuestro cuerpo está acostumbrado que exponerlo a un extraño. Es totalmente diferente una conversación en un ámbito laboral que en una sesión psicoanalítica, escuchar una conferencia o una declaración de amor. Las atmósferas, tanto sociales como climáticas, las afinidades químicas, las resonancias, los ritmos configuran la situación comunicativa. No son dimensiones que se agregan separadamente como ocurre en el modelo de Jakobson, o que rodean a la comunicación como en el “tubo” de Shannon. El mundo en común no es trascendente, sino la trama misma de la naturaleza. La comunicación fluye continuamente en ésta. Desde la complejidad la comunicación es la afectión mutua que configura la matriz poética del mundo.

La producción de sentido no se reduce al lenguaje, aunque obviamente entre los humanos éste tenga un rol muy destacado, sino que engloba todas las formas en que el ser vivo es afectado. Es más, el habla no implica sólo lenguaje, como deliciosamente lo expresó Úrsula Kroeber Le Guin:

Todos los seres vivos son osciladores. Vibramos. Amebas o humanos, pulsamos, nos movemos rítmicamente, cambiamos rítmicamente; nosotros guardamos el tiempo. [...]. Esa constante, delicada, compleja pulsación es el proceso de la vida misma hecho visible.

[...] Pero cuando se puede y se logra engarzar, se está sincronizando con la gente con la que se está hablando, se genera una sintonía física de tiempo y entonación. No es de extrañar que el habla sea un vínculo tan fuerte, tan poderoso en la formación de la comunidad. (Le Guin, 2012:174)

Red Mesoamericana de Radios Comunitarias Indígenas, Garífunas y Feministas



■ Red mesoamericana de radios comunitarias indígenas, garífunas y feministas, 2018 | Red mesoamericana

Para comprender la comunicación en sus múltiples facetas y no descuartizarla en compartimentos estancos o en dimensiones disjuntas, es preciso hacer ahora un camino inverso: de la depuración a la complejización. No será una mera adición de dimensiones disjuntas, al estilo de Frankenstein (que es lo único que el mecanicismo puede ofrecer). No podemos “sumar” la connotación y la denotación, ni tampoco el significado y el afecto, o el contexto y el texto. En la vida todas estas dimensiones están entrelazadas, se afectan mutuamente, y es en este caldero vital que producimos sentido.

Se trata de construir una cartografía compleja de un campo problemático tenso y multiforme, en lugar de aplastarlo en un esquema, cristalizarlo en un conjunto de definiciones rígidas o aislarlo en un marco teórico. Más aún, propongo hacerlo abandonando las etiquetas *interdisciplinariedad*, *multidisciplinariedad* o *transdisciplinariedad*, para atrevernos a seguir la recomendación de Von Foerster (1995) cuando pro-

puso soltar las riendas de la disciplina siempre que sea posible. Lo que de ningún modo supone oponerse a las disciplinas, ya que toda mirada aporta algo, sino un llamado a la irreverencia que “no es el rechazo o la negación, es simplemente el no reverenciar” (Stolkiner, 1987: 5).

Para ello, es preciso componer nuevas cartografías que hagan lugar al mundo en común y a la diversidad de los modos de percibir y pensar. No será ya una grilla o sistema de casilleros como estamos acostumbrados, sino un territorio móvil. Así podremos comprender cómo se vinculan entre sí las diversas formas de pensar el fenómeno caleidoscópico de la comunicación: dónde chocan, cómo pueden enriquecerse o perturbarse, cuándo se complementan, se solapan o se contradicen. En una cartografía compleja podemos entender qué nos aporta cada disciplina, y también explorar las implicaciones ético-políticas que supone cada mirada y qué diferencia se gesta cuando comprendemos su relación en la trama.

Esta cartografía compleja nos permitirá comprender cualquier suceso sin separarlo de la matriz generativa en la que se ha gestado y en la que deviene. Ya no se tratará la comunicación como mera transmisión-intermediación (contacto externo), sino como mediación transformadora (entrecambio mutuo). “Cuando enfocamos conscientes del proceso de enfocar ya no estamos fragmentando ni invisibilizando, sino comprendiendo un detalle en un entramado” (Najmanovich, 2015: 19). Así, podremos albergar tanto la diversidad y sus tensiones como la dinámica de transformaciones propia de la naturaleza y del pensamiento.

Hasta aquí he intentado hacer lugar a la trama en la que convivimos, ahora he de focalizar la experiencia del ser vivo. Su existencia corpórea, sensible, afectiva, incluso el pensamiento vital, está ausente en los modelos que hemos comentado y en la mayoría de los que se han desarrollado en el campo de la lingüística, la comunicación y el lenguaje. Por suerte hubo pocas pero valiosísimas e influyentes excepciones entre las que destaco a McLuhan, Maturana, Varela, Lakoff y Johnson.

concebir la información, la forma proviene del exterior y por impresión produce una “copia” en la cera que la recibe de un modo puramente pasivo. Más tarde, una variante de esta metáfora será utilizada por los pensadores empiristas como John Locke, según los cuales, la mente del niño es una *tabula rasa* (una tabla vacía) (Locke, 1999: 83) en la que se “imprimirán” las experiencias. Estas nociones fueron claves para la construcción de la cultura representacionalista moderna y forjaron la noción de *sujeto de la educación*, que hasta ahora pervive (con algunas decoraciones pedagógicas, pero sin abandonar esta metáfora). De este modo, se nos impone un patrón, un sistema de referencias exterior, es decir, de las élites del poder, en lugar de promover la producción de sentido y el pensamiento singular y colectivo.

Desde las concepciones de la naturaleza como una matriz generativa no existe la pura pasividad, ni la pura receptividad. No existe “materia bruta”, ni “materia inerte” (algo que la física contemporánea no hace más que corroborar). Tampoco existen formas separadas de la materia, sino cuerpos activos en el encuentro. Reinterpretando el ejemplo considerado por Aristóteles, podemos darnos cuenta de que la forma no depende sólo del sello, sino de la presión utilizada, de las peculiares características de la cera (si tenía ya un relieve o un calado), de la temperatura ambiente, etcétera. Cada modo de existencia se vincula con el mundo en función de su propia constitución y no sólo en función de la forma de aquello que lo está afectando. También en este aspecto Spinoza ha sido una honrosa excepción. Para éste, cuando un cuerpo es afectado por cuerpos exteriores, sea lo que fuera lo que le ocurra, implicará tanto la naturaleza del cuerpo afectante como la del afectado. Imaginen que con un gotero tiramos una gota de tinta sobre un papel: la forma que se produzca no dependerá sólo del tipo



▪ *Wetxipantu*, 2018 | Chilikatufe UFRO Mew

No sólo el pensamiento moderno ha invisibilizado el cuerpo vivo. Ya los antiguos griegos comenzaron la construcción de una mirada binaria que comenzó la separación entre materia y forma, potencia y acto, cuerpo y mente. En relación con la noción de *información* propusieron una concepción basada en “la metáfora de la cera” que convive hasta hoy con la noción de Shannon.

Fue planteada primero por Platón y luego la adoptó su discípulo Aristóteles, quien la utilizó para toda relación sensible del ser vivo con el mundo: “En relación con todos los sentidos en general ha de entenderse que sentido es la facultad capaz de recibir las formas sensibles sin la materia al modo en que la cera recibe la marca del anillo sin el hierro” (1978: 211). Según esta forma de

de tinta, del tamaño de la gota, de la distancia a la que se arroje, también será el resultado de la contextura del papel, de su capacidad de absorción, de si lleva calado un diseño (Grinbank, 2018). Y, además, lo que ocurra estará determinado también por la temperatura ambiente, la humedad, la circulación del aire, entre otros aspectos.

La metáfora de la impresión en la cera, adecuada para algunos –pocos– ejemplos, en condiciones peculiares, se universalizó, constituyendo la metáfora base para pensar la información durante siglos; incluso después de los desarrollos de Shannon. Las consecuencias han sido nefastas para nuestra cultura puesto que no sólo invisibilizó la producción de sentido, sino que impuso la creencia en que la información está en los objetos (en los periódicos o en las señales) y que debíamos recibirlas para estar informados. Pero es preciso comprender primero la relación del ser vivo con el mundo en los procesos de comunicación. A diferencia de las otras entidades de la naturaleza, los seres vivos se caracterizan por la autoproducción de sí mismos, la autosustentación y el autodesarrollo. Sin embargo, este “auto” no significa que sean absolutamente independientes, sino que gozan de “autonomía ligada” (como ya hemos planteado). Los seres vivos, como todos los “sistemas abiertos”, constituyen una paradoja para nuestra cultura. Para ser sistemas tienen que delimitarse respecto al medio y, desde ese punto de vista, inevitablemente se produce un cierre del que emergen a la existencia. Ahora bien, para la lógica de nuestra cultura, no es posible que algo sea a la vez cerrado y abierto. Pero si salimos de los límites absolutos de la lógica clásica, podemos disolver la paradoja ampliando las dimensiones del pensamiento y abandonando las descripciones estáticas. En un ser vivo el “cierre” no es un límite estático sino el producto de la dinámica que sólo se produce en algunas dimensiones del sistema, y –además– no es absoluto, sino permeable y variable. Para diferenciar éstos límites permeables y variables de los fijos e impermeables del mecanicismo, he denominado los *límites limitantes* a los primeros y *límites fundantes* a los que generan y sostienen la vida (Najmanovich, 2016). Estos últimos separan y unen al mismo tiempo. En el caso de los seres vivos, distinguiéndolos del ambiente en el que seguirán en “entrecambio”, mientras la vida dure. Al mismo tiempo, y sin contradicción alguna, todos los seres vivos, incluido el ser humano, están determinados en su estructura, fenómeno al que Maturana y Varela denominan *clausura operacional*. ¿Qué

significa esta “clausura”? Que al mismo tiempo que los seres intercambian materia y energía con el ambiente (y desde este punto de vista es que somos sistemas abiertos) son cerrados informacionalmente. Es decir, no reciben información, reciben una multitud de estímulos con lo que producirán información según su propio modo de ser afectados por éstos. “Esto es así porque el sistema nervioso opera como una red cerrada de cambios de relaciones de actividad entre sus componentes” (Maturana y Varela, 1990: 111). El sistema nervioso no transmite palabras, ni imágenes, ni sonidos, ni olores, sino que opera exclusivamente en función del impulso eléctrico y las mediaciones químicas. El ser vivo es afectado por el sonido, la luz, las sustancias químicas, etcétera, a través de los órganos de los sentidos (podemos llamarlos *señales*, *estímulos* o *perturbaciones*). No recibe una “forma” sino que la produce. De muy diversos modos está todo el tiempo embebido-comunicado con su ambiente (también complejo). Todas esas inmensas variedades de afecciones son traducidas a impulsos eléctricos que es lo único que transporta el sistema nervioso. No se trata de un proceso de “transcripción” o “decodificación”, sino de diversos procesos de traducción, vinculación no lineal, integración, que producirán sentido en la historia de vida.

El sentido producido por un ser vivo es radicalmente propio (el pensamiento es una actividad singular) y al mismo tiempo puede ser común a muchos porque es una producción en el encuentro de seres entramados con historias compartidas. Hasta aquí hemos hablado de diversas metáforas que han configurado el modo de dar sentido a las nociones de *comunicación e información*, pero no hemos mencionado el lugar de la metáfora para el pensamiento en general y en la producción de sentido en particular. La tradición cultural occidental desde Aristóteles hasta bien entrado el siglo XX, cuando el giro lingüístico se estaba agotando dentro de su propia esfera infranqueable, concebía la metáfora como un mero ornamento retórico. George Lakoff y Mark Johnson revolucionaron no sólo la lingüística sino también la epistemología y el pensamiento de la comunicación entre otras áreas del saber. Abandonando el terreno puro de los modelos ideales aceptaron el desafío de pensar el lenguaje como un modo de configuración del mundo, de producción de sentido que sólo podía vivir en los intercambios sociales de sujetos encarnados y por éstos.

Sus planteos son los primeros que han abordado el significado, y lo han hecho otorgando a la metáfora un valor cognitivo fundamental. Más aún, su concepción atravesó los cercos disciplinarios y se atrevió a considerar las relaciones del lenguaje, el pensamiento y la acción desde la perspectiva del ser humano como ser vivo corpóreo y activo. En sus propias palabras: “[...] la metáfora impregna la vida cotidiana, no solamente el lenguaje, sino también el pensamiento y la acción. Nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica” (Lakoff y Johnson, 1991: 39).

De entre los muchos ejemplos que proponen estos autores, voy a tomar el de la metáfora que presenta la discusión como una guerra. Noten cómo solemos hablar de una discusión en nuestra vida cotidiana (tanto en la academia como fuera de ésta):

Atacó todos los puntos débiles de mi argumento.

Sus críticas dieron justo en el blanco.

Destruí su argumento.

Nunca le he vencido en una discusión.

Si usas esa estrategia, te aniquilará.

Como destacan los autores, no se trata de una “mera” manera de hablar (no existen meras maneras de hablar), experimentamos, sentimos y actuamos en función de estas metáforas. Ganamos o perdemos una discusión, el otro se constituye en un enemigo por convencer. Los problemas que nos planteamos y las formas que elegimos para resolverlos están inextricablemente ligados a las metáforas que utilizamos para construirlos, porque los problemas que tenemos no son algo que está allí afuera independientemente de nuestra experiencia, sino que emergen en nosotros a partir del modo que tenemos de relacionarnos con el mundo.

No por casualidad la obra de estos autores ha sido muy influida por la de Ludwig Wittgenstein, quien también supo salir de los patrones impuestos por la lógica clásica para pensar el significado en la vida y así concebir la actividad lingüística como un juego, recuperando también el río heracliteano, al que nuestra cultura tanto teme, y la dinámica vincular que crea territorios móviles a través del juego (Najmanovich, 2005). Para Wittgenstein, el significado está en el flujo de los pensamientos y de la vida misma. “La conversación, el uso y la interpretación de las palabras fluye desde ahí.

Y sólo en el fluir la palabra encuentra su significado” (Wittgenstein, 1997: 135). Más aún, el filósofo vienés también sostiene: “Toda palabra que nos resulte familiar viene rodeada por una atmósfera, por un ‘patio’ de aplicaciones levemente insinuadas” (1988: 491).

Crónica de un diluvio anunciado

Cuando parecía que ya nadie dudaba, que todos sabíamos lo que era la comunicación, la información y su relación con el conocimiento, y esperábamos para siempre jamás un cielo claro imperturbable, el diluvio que arrasaría con todo ya estaba en formación. En 1954, Ruyer Raymond nos alertaba: “Las acumulaciones de información son mucho más graves que las acumulaciones de máquinas y utensilios. Las indigestiones de signos, más graves que las intoxicaciones alimentarias” (1954: 217). En 1964 Bertram Gross acuñaba el término *sobrecarga informativa* planteando que “la sobrecarga de información ocurre cuando la cantidad de entrada (*input*) a un sistema excede su capacidad de procesamiento” (1964: 856). En 1988 Ítalo Calvino clamaba:

A veces tengo la impresión de que una epidemia pestilencial azota a la humanidad en la facultad que más la caracteriza, es decir, en el uso de la palabra: una peste del lenguaje que se manifiesta como pérdida de fuerza cognoscitiva y de inmediatez, como automatismo que tiende a nivelar la expresión en sus formas más genéricas, anónimas, abstractas, a diluir los significados, a limar las puntas expresivas, a apagar cualquier chispa que brote del encuentro de las palabras con nuevas circunstancias. (Calvino, 1989: 51)

En el mismo momento en que el gran escritor italiano escribía esto muchos consideraban con orgullo que habíamos llegado a la “era de la información”. Otros prefirieron bautizarla como la “era del conocimiento”. Como presintió Eliot y sentía Calvino, muchos ya ni siquiera distinguían entre ambos términos y los trataban como sinónimos, o –lo que es peor aún– se deslizaban sin pudor, ni reflexión, entre uno y otro. Respecto a la sabiduría ya casi nadie pensaba en ésta.

Las cosas no mejoraron con la llegada de nuevo milenio, que comenzó acuñando el cada vez más necesario término *infoxicación*, neologismo construido a partir de la unión de *información* e *intoxicación*. En el 2004, el término *polución de datos* (*data smog*) acuñado por

David Shenk fue agregado al *Oxford English Dictionary*. En el 2011 James Gleick publicó el libro *The information: A History, a Theory, a Flood* que me permito traducir como *La información: una historia, una teoría, un diluvio*. Sin embargo, la editorial decidió publicarlo como *La información: historia y realidad*, eliminando del título aquello que resultaba sugestivo, provocador y llamaba a la interrogación. El afán depurativo hizo desaparecer nada más, y nada menos, que el diluvio.

Llegados al 2018 no son pocos los que han abandonado la etiqueta de la “era de la información” para adoptar la de la “era de la desinformación”. Pasamos del exitismo a la demonización, sin que mediara el pensamiento. Sin cuestionar las nociones heredadas de

do imposible producir sentido a partir de estas expresiones. Al creer que necesariamente obtenemos información a partir de esas fuentes, y también que es nuestra obligación recibirla, entramos en un círculo vicioso que nos lleva no sólo a admitir su recepción, sino también a desecharla y buscarla activamente. Así colaboramos nosotros mismos con el proceso de dispersión y saturación que no sólo nos impide gestar sentidos, sino que nos pone en una situación de profunda ansiedad. No llegamos a esta situación solamente porque “trata-

mos de ejecutar las tareas de hoy con las herramientas de ayer, con los conceptos de ayer” (McLuhan, 1969: 8-9). Tan o más responsables de la proliferación aparentemente imparable de señales han sido las confusiones creadas por las teorías de la información y la comunicación, incapaces de pensar los fenómenos en su multidimensionalidad y distinguir los puntos de vista. Por eso, para no perecer en el diluvio es imprescindible distinguir las señales de los signos y éstos de la producción de información y sentido que sólo pueden hacer los seres vivos. A pesar de la inmensa publicidad de la “inteligencia artificial”, mayor que sus

logros, las máquinas no producen sentido, no son éstas las que comprenden lo que hacen, sino nosotros. También es fundamental dejar de confundir la transcripción –un proceso mecánico– con la traducción e integración compleja que hacemos los seres vivos. La producción de sentido no es un mero “procesamiento” mecánico, como si fuéramos una máquina de picar carne; incluye una inmensa variedad de procesos perceptivos, de memoria, de pensamiento, que no son lineales. La inundación de



■ *Cultura para la transformación social*, 2008 | Foro Culturas Transformación Social

información, conocimiento, comunicación. Por eso casi nadie parece haberse escandalizado por el hecho de que se pueda “desinformar informando”. Un contrasentido que los amantes de la lógica instituida no pueden resolver. Desde la mirada de la complejidad ni siquiera intentaremos hacerlo, porque sabemos que las paradojas no pueden ser resueltas, sólo se pueden disolver (Najmanovich, 2008). Lo que sí podemos es comprender cómo llegamos a éstas, y gestar un modo de conocimiento más rico en el que ya no aparezcan.

El diagnóstico de intoxicación es adecuado, pero el tóxico no es la información sino el diluvio de señales que nos inundan. Estamos anegados de palabras, imágenes, videos, *tweets*, *posts*, grabaciones, correos, que no estamos pudiendo pensar y, por lo tanto, se nos está tornan-

señales perturba esa productividad impidiéndole gestar nuevos sentidos. El problema crucial hoy es que las herramientas no están a nuestro servicio, sino que nosotros creemos que estamos obligados a seguir su ritmo porque seguimos creyendo que así estamos informándonos, cuando lo que está ocurriendo es que nos dispersamos y saturamos nuestra capacidad de pensar.

La invisibilización de la actividad del ser vivo, y la presuposición de que el sentido está en las noticias, textos, documentos o cualquier otra “fuente de información”, no han sido suposiciones inocentes, sino que facilitaron la imposición de patrones de significado. La producción de sentido, como hemos planteado, no está regida por los “significados” instituidos en el diccionario, sino que es una actividad del ser vivo singular (nadie puede pensar por mí). Pero no es una producción “autista”, sino profundamente entramada en las experiencias e historias que vivimos en común.

Al margen de la infinidad de etiquetas que han proliferado en las últimas décadas, la situación actual es la de la erosión de las formas estandarizadas y los sistemas de referencias establecidos. Al mismo tiempo, las nuevas tecnologías han generado no sólo una gran proliferación de las formas de contactar, que no significan lo mismo que comunicar. La conectividad no necesariamente genera un mundo en común, lo que estamos experimentando parece más bien lo contrario. Cada día es más notoria la formación de “cámaras de eco” y de “burbujas epistémicas”.

Una “burbuja epistémica” es una red informativa de la cual las voces relevantes han sido excluidas por omisión. Una “cámara de eco” es una estructura social desde la cual otras voces relevantes han sido desacreditadas activamente. Donde una burbuja epistémica simplemente omite puntos de vista contrarios, una cámara de eco lleva a sus miembros a desconfiar activamente de los de afuera. (Nguyen, 2018: 16-17)

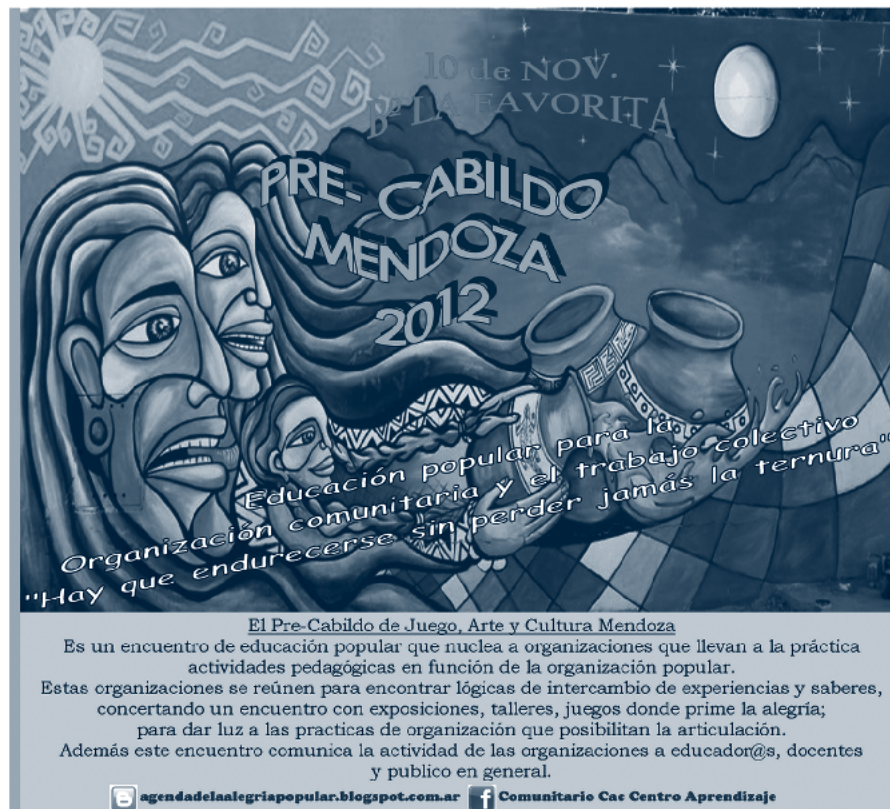
Una de las dimensiones olvidadas en los enfoques tradicionales de la comunicación que es crucial para la producción de sentido ha sido el de la atención. La mayoría de los pensadores contemporáneos acuerdan en que esto se ha debido a que la “información” era un bien escaso. Desde la mirada que he propuesto en este artículo, desde luego que no era la información la que resultaba exigua, sino las fuentes que podían llevarnos

a producirla. Además, y esto es más importante aún, la atención fue inviabilizada porque el ser vivo, activo, selectivo, también lo fue.

Hoy ya no es posible pasar por alto los modos en que prestamos atención porque las señales y las “fuentes que nos permiten información” han proliferado hasta niveles tales que podemos considerarlas plagas. En este ambiente, nuestra atención resulta ser el “bien económico” máspreciado y no es casual que se esté desarrollando a un ritmo vertiginoso una rama del saber denominada *economía de la atención*. Nuestra atención, inevitablemente limitada, asiste apabullada a la encarnizada lucha para captarla que se entabla entre empresas, partidos políticos, instituciones gubernamentales, ONG, artistas, y millones de ciudadanos de a pie, entre otra infinidad de actores sociales.

La atención siempre ha sido y siempre será crucial para la comunicación, pero sólo ahora ha sido visibilizada, en buena parte porque ha sido rentabilizada, y también porque los patrones establecidos y los sistemas de referencias están en plena erosión, y las élites en el poder precisan encontrar nuevos modelos de dominación. Entre éstos, la captura de atención ha generado el máximo interés y ha disparado el financiamiento de la investigación en áreas tan diversas como la psicología, las neurociencias, la economía, la politología, las ciencias de la comunicación y el *marketing*. Como nos advierte Tim Wu se está desarrollando “una ‘industria de la atención’ es decir, un conjunto de modelos de negocio basados en la reventa de la atención humana” (Wu, 2017).

Pero el mundo no está hecho sólo de vendedores y emprendedores, existe e insiste otra corriente, que sigue el fluir del río de Heráclito, la inmanencia de Spinoza, la productividad del sentido de Deleuze que no quiere imponer un patrón ni capturar la atención. Una corriente que busca recuperar la sabiduría perdida. Entre ellos se ubica también Iain McGilchrist, cuyo trabajo sobre la atención quiero destacar especialmente porque considero que puede traer a la luz aspectos cruciales de la comunicación como construcción del mundo en común. Además, porque su planteo ayudará a comprender las diferencias entre los enfoques de “foco estrecho” como los de Shannon, y las cartografías dinámicas de la complejidad.



■ Educación Popular para la Organización Popular y el Trabajo Colectivo, 2012 | Agenda de la Alegría Popular

Cuando hacemos lugar al ser vivo en el proceso de comunicación, percepción y pensamiento, la atención destaca como una función fundamental. Su estatus es prioritario, ya que todo lo demás sólo puede establecerse a partir de lo que ésta selecciona. Lo que no entre en su foco no estará en el mundo para el ser vivo. Como sostiene McGilchrist: “El tipo de atención que prestamos al mundo cambia la naturaleza del mundo al que le prestamos atención. La atención específica qué tipo de ‘cosas’ existen para nosotros, es por eso que la atención modela nuestro mundo de experiencia” (2009: 110).

Las investigaciones de McGilchrist han mostrado que una de las diferencias más importantes entre los hemisferios cerebrales consiste en el tipo de de atención-focalización (dos procesos inextricablemente ligados) que le permite al ser vivo relacionarse con el mundo. Según este investigador, nuestros dos hemisferios cerebrales no sólo pueden llevar adelante dos tareas simultáneas, sino que generan dos tipos completamente diferentes de atención y relación con el mundo. Usamos el hemisferio izquierdo para las tareas rutinarias, aquello que es estable y ha podido ser

esquemático escogiendo del conjunto sólo algunos aspectos que fueron considerados relevantes en función de algún criterio que luego se olvida. Este hemisferio nos brinda un saber de relaciones estáticas, aisladas, explícitas, descontextualizadas y separadas de la trama de la vida. Estos esquemas son muy eficaces para la manipulación en situaciones estables que permiten ser estandarizadas. Una especie de mapa sumamente útil para la acción e imprescindible para economizar energías mecanizando procesos con una notable eficacia.

El modo de atención del hemisferio derecho, en cambio, se caracteriza por ser amplio, sin objetivo prefijado, abierto a lo que pudiera suceder sin especificar qué ha de ser. Su forma de atención está enraizada en la vida, permitiéndonos comprender las dinámicas, sus vínculos, pensar estratégicamente, dejar lugar para la sorpresa y, por lo tanto, es profundamente creativo. En lo lingüístico es el responsable de comprender las metáforas vivas, el lenguaje corporal, el humor, lo implícito. Es el responsable de un estado de alerta que nos permite tener en cuenta eventos diferentes a los establecidos por las expectativas.

Cada hemisferio nos ofrece una versión del mundo que nosotros como seres vivos integramos de muchas maneras diferentes. Ninguna de las versiones es superior en términos absolutos a la otra, simplemente porque ambas son necesarias para la vida y no existe una vara común que permita compararlas. McGilchrist deja claro que de ningún modo se trata elegir entre ambos hemisferios, sino de comprender su utilidad para el vivir y la forma en que están relacionados. Sin despreciar ni desvalorizar lo que nos aporta el hemisferio izquierdo, considera que una buena vida es aquella en la cual el izquierdo está supeditado al derecho. Lamentablemente la cultura moderna hizo exactamente lo contrario: privilegió el conocimiento esquemático desvalorizando la sabiduría enraizada en la vida.

Los modelos de Shannon, Jakobson, y en general, el modo de teorización disciplinaria que ha regido tanto las ciencias de la comunicación como el imaginario social más amplio, han reducido la deliciosa complejidad de las formas de vida en común a enfoques abstractos y desvitalizados. El precio ha sido muy alto: una amplísima gama de fenómenos ha quedado en la sombra. Y no sólo eso, también hemos confundido el mapa con el territorio y la máquina con la vida. Aun aquello que sí hemos podido focalizar ha quedado mutilado, pues ha sido separado de la matriz generativa que lo producía y sostenía.

Abrir indisciplinadamente nuestros horizontes, dejar bailar nuestra percepción para percibir diversas dimensiones, sentir las atmósferas, comprender los juegos, arriesgarnos a producir sentidos nuevos es una tarea urgente, pues comprender la comunicación no es una cuestión abstracta, sino que atañe a la construcción de la vida en común, y, por lo tanto, es también ética y política.

El diluvio de hoy no es una obra de Dios irascible, sino la producción planificada de grupos de poder

que inundan los medios (todos y no sólo la Web) y a través de éstos invaden nuestras casas y nuestras vidas, y nosotros no sólo les abrimos las puertas y los celulares, ¡estamos ansiosos por recibir sus noticias! Pero no podemos pensarlas, lo que no implica que no les demos crédito, o que no tengan consecuencias – muchas veces gravísimas–.

No es extraño que alarmados ante la atmósfera saturada que nos perturba sin dar lugar a la producción de sentido, diversos pensadores, entre los que destaco a Peter Pal Pelbart y David Le Bretón, estén promoviendo el silencio como una postura política. No se trata tan sólo de hacer silencio para comunicar, sino de comprender que el silencio comunica.

Una cartografía dinámica no pretende representar al mundo “tal cual es”, porque sólo podemos dar cuenta de cómo lo configuramos nosotros en la experiencia. No describe un mundo considerado exterior, sino nuestro itinerario de saber. No desprecia el saber mecanicista, sino que lo ubica como una perspectiva entre otras en lugar de considerarlo un conocimiento universal. Sale del cerco disciplinario para nutrirse de otros saberes, incluso de aquéllos que no pertenecen a la ciencia. ¿Cómo podemos creer que en relación con la comunicación un ingeniero puede darnos una visión que anule, o tan siquiera que explique la del poeta o el cantor! De ningún modo se trata de elegir entre la experiencia que nos provee el hemisferio izquierdo y el derecho, o incluso el cerebro. La perspectiva de la complejidad no se reduce a la neurociencia sino que busca el sentido a partir del ser vivo enraizado en la matriz generativa de la naturaleza en la cual caben todos los puntos vista, los modos de experiencia, los estilos narrativos, sin fundirse y sin perder su modo peculiar. No se trata tampoco de un “sincretismo” paradisiaco, la convivencia es tensa e intensa, conflictiva, productiva, creativa. Un pensamiento vital para construir activamente un mundo en común en el que todos quepan.

Referencias bibliográficas

1. ARISTÓTELES, 1978, *Acerca del alma*, Madrid, Gredos.
2. BLAKE, William, 1968, "Letter to Butts, 22 nov. 1802, rpt.", en: *The Letters of William Blake*, Cambridge, MA, Geoffrey Keynes, tomado de: <<http://bq.blakearchive.org/19.4.groves#n9>>, pp. 59-63.
3. CALVINO, Italo, 1989, *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid, Siruela.
4. ELIOT, Thomas, 2018, *El primer coro de la roca*, tomado de: <<https://trianarts.com/t-s-eliot-el-primer-coro-de-la-roca/#sthash.UWqpCQH7.dpbs>>.
5. GROSS, Bertram, 1964, *The Managing of Organizations: The Administrative Struggle*, Nueva York, Free Press of Glencoe.
6. HERÁCLITO, 1983, *Fragmentos*, Barcelona, Orbis.
7. JAKOBSON, Roman, 1988, *Lingüística y poética*, Madrid, Cátedra.
8. KUHN, Thomas, 1980, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.
9. LAKOFF, George y Mark Johnson, 1991, *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra.
10. LE GUIN, Ursula, 2012, *The wave in the min*, Boston, Shambhala.
11. LOCKE, John, 1999, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
12. MATURANA, Humberto y Francisco Varela, 1990, *El árbol del conocimiento*, Santiago de Chile, Universitaria.
13. MCGILCHRIST, Iain, 2009, *The Master and his Emisary: The divided Brain and the making of the Western World*, New Haven & London, Yale University Press.
14. MCLUHAN, Marshall y Quentin Fiore, 1969, *El medio es el masaje: un inventario de efectos*, Buenos Aires, Paidós.
15. MONTANER, Josep y Zaida Muxí, 2011, *Arquitectura y política*, Barcelona, Gustavo Gili.
16. NAJMANOVICH, Denise, 2005, *El juego de los vínculos: subjetividad y lazo social, figuras en mutación*, Buenos Aires, Biblos.
17. _____, 2008, *Mirar con otros ojos: nuevos paradigmas en la ciencia y pensamiento complejo*, Buenos Aires, Biblos.
18. _____, 2008, "La organización en redes de redes y de organizaciones", en: Pablo González (coord.), *Colección conceptos fundamentales de nuestro tiempo*, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales.
19. _____, 2015, "Configurazoom: estética de la complejidad. Complejidad de la estética", en: *Dx5. Múltiple(x) Complejidad y Sostenibilidad*.
20. _____, 2016, *El mito de la objetividad*, Buenos Aires, Biblos.
21. _____, 2017, "Lo íntimo: más fuerte que todas las barbaries", en: *Docta, Revista de Psicoanálisis*, Año 14, No. 12, pp. 100.
22. NGUYEN, Thi, 2018, "Escape the echo chamber", en: *Aeon*, No. 8, tomado de: <<https://aeon.co/essays/why-its-as-hard-to-escape-an-echo-chamber-as-it-is-to-flee-a-cult>>, pp. 16-17.
23. PESSOA, Fernando, 1984, "El guardador de rebaños: poema XXXIX", en: Fernando Pessoa, *Poemas de Alberto Cairo*, Madrid, Visor.
24. RUYER, Raymond, 1954, *La cybernétique et l'origine de l'information*, París, Flammarion.
25. SAUSSURE, Ferdinand, 1990, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
26. SHANNON, Claude, 1948, "A Mathematical Theory of Communication", en: *Bell System Technical Journal*, No. 27, pp. 1.
27. SHANNON, Claude y Warren Weaver, 1949, *The Mathematical Theory of Communication*, Urbana and Chicago, University of Illinois Press.
28. STOLKINER, Alicia, 1987, "De interdisciplinas e indisciplinas", en: Nora Elichiry (comp.), *El niño y la escuela: reflexiones sobre lo obvio*, Buenos Aires, Nueva Visión, p. 5.
29. VON FOERSTER, Heinz, 1991, *Semillas de la cibernética*, Barcelona, Gedisa.
30. _____, 1995, "Entrevista a Heinz Von Foerster", en: *Stanford Electronic Humanities Review*, Vol. 4, No. 2, tomado de: <<https://web.stanford.edu/group/SHR/4-2/text/interviewvonf.html>>.
31. WIENER, Norbert, *Cibernética*, 1985, Barcelona, Tusquets.
32. WITTGENSTEIN, Ludwig, 1988, *Investigaciones filosóficas*, México, UNAM.
33. _____, 1997, *Zettel*, México D. F., UNAM.
34. WU, Tim, 2017, *Is the first amendment obsolete? Documento de Emergin Threats*, Knight First Amendment Institute at Columbia University, tomado de: <<https://knightcolumbia.org/content/tim-wu-first-amendment-obsolete>>.